



MADRE MAZZARELLO Y DON BOSCO EN ROMA

Hoy queremos recordar el viaje de Madre Mazzarello a Roma, aquel noviembre de 1877, recordar aquellos días inolvidables en el corazón de la cristiandad, volvamos sobre sus pasos y disfruta de sus mensajes de vida.

Porfía de humildad para el viaje a Roma

Habiéndose fijado el día 9 para la audiencia pontificia, los expedicionarios deberán hallarse en Roma la víspera. Las misioneras, por consiguiente, saldrán de Mornese el día 6 por la noche. Es hora, pues, de decidir también quién deberá acompañarlas.

Al no poder ser la Madre, afectada de reumatismo agudo en la cabeza, con fuertes dolores de oído, le correspondería a Sor Petronila, pero ésta no ha viajado nunca y cede el puesto a Sor Emilia Mosca, con más disposición para ello. Sor Emilia, que iría a Roma volando, siente compasión de las misioneras, que tendrían que ir solamente con ella.

En esta hermosa porfía de humildad, la Madre dice resueltamente: «Iré yo: me corresponde a mí, el Señor proveerá». Y sin dar oídos a los consejos de la humana prudencia, se prepara para partir.

La Madre y las dos misioneras, de Mornese a Roma

Por la tarde, la Madre y las dos misioneras salen de Mornese hacia Sampierdarena, donde se reunirán con los salesianos que van a Roma.

Pasan la noche con las mujeres encargadas de la cocina y ropería de aquel internado, donde son recibidas con gran alegría y servidas con esmero. ¡Qué alegría para Sor Vallese encontrarse allí con Don Cagliero, al que aún no había visto después de su regreso de América! Durante la cena, mientras se toman los últimos acuerdos para el viaje, la Madre le dice a Don Cagliero: «Señor director, ¿no le parece que yendo yo a Roma va a desmerecer el Instituto? El Santo Padre esperará ver en la Superiora General a una Hermana instruida, educada, y en cambio no verá más que a una pobre ignorante». Don Cagliero sonríe con aquella sonrisa suya característica, y anima a la Madre a ir igualmente. Después, volviéndose a las dos Hermanas y a los presentes, incluidos Don Costamagna y Don Pablo Albera, director de la casa, dice en voz baja: «Aprendamos la lección». A la mañana siguiente parten para Roma en compañía de Don Juan Cagliero.

En Roma

Llegados a Roma, hallan buena hospitalidad en el albergue de los peregrinos, en departamentos separados para los Salesianos y las Hermanas; pero no encuentran nada para comer, porque el albergue ofrece una sola comida a las dos de la tarde.

¿Qué hacer? Los Salesianos tienen mucha hambre. Las Hermanas no dicen nada, pero... Entonces la Madre, sin ningún miedo de la oscuridad ni de las novedades de Roma, toma consigo a Sor Borgna y como si estuvieran en Mornese, va a las tiendas más próximas a proveerse de fruta, pan y queso para todos.

A la mañana siguiente, viernes, día 9, las Hermanas se levantan muy temprano, oyen varias misas en la capilla del albergue, desayunan y se van a visitar la basílica de San Pedro, antes de subir las escaleras del Vaticano para la audiencia pontificia.

Sobre las doce, están todos a la espera del Santo Padre. Precedido por un movimiento de gendarmes, guardias pontificios y prelados, aparece el Papa, llevado en la silla gestatoria. Su rostro está marcado por el sufrimiento, a causa de la salud notablemente resentida.

Tomando el tema de la dedicación de la archibasílica lateranense, festividad del día, el Santo Padre habla de la bondad de la Iglesia para con sus hijos obedientes y de la severidad divina para con los hijos que no quieren reconocerla por madre.

Habla extensamente de Don Bosco y de la gracia grande de ser hijos e hijas de tan buen Padre. Muestra su complacencia y su admiración al oír que todo aquel grupo que está postrado a sus pies pide la bendición papal para dirigirse después a las misiones de América, y pregunta a Don Cagliero: «¿De dónde saca Don Bosco toda esta gente?».

-Santidad, se la manda la divina Providencia.

El Papa junta las manos, mira al cielo y exclama: «¡Oh, divina Providencia!».

Al llegar a este punto, la Madre, conmovida y humilde, dice en voz muy baja, sin apartar la mirada de la venerable figura de Pío IX: «! Oh Señor, bendecid a vuestro Vicario!».

Don Cagliero presenta luego a la Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora y el Santo Padre se congratula con ella y con las Hermanas. Dice con gran ternura que son las afortunadas y bendecidas por el Señor, por ser hijas de Don Bosco; que también ellas tendrán un vasto campo de trabajo evangélico y que, como verdaderas madres solícitas y amorosas, harán un gran bien, preservando del mal a muchas niñas abandonadas por sus padres y salvarán a muchos pobres salvajes enseñándoles a conocer, amar y servir a Dios en esta tierra para gozar con él eternamente en el cielo. Termina bendiciéndoles: «Que nuestra Bendición Apostólica, mis buenos hijos e hijas, descienda sobre vosotros, sobre vuestros padres y parientes, sobre vuestros hermanos y hermanas, para que se extienda la gloria de Dios, el bien de la Iglesia y la salvación de las almas. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén».

A continuación, el Papa da a besar su anillo a todos los presentes.

A las dos misioneras les dice que deben ser como las grandes conchas de las fuentes, que reciben el agua y la derraman en beneficio de todos: es decir, conchas de virtud y de sabiduría en beneficio de sus

semejantes. Y poniendo las manos sobre la cabeza de cada una, añade paternalmente: «¡Que Dios os bendiga, para que podáis hacer mucho bien!».

Las misioneras están conmovidas y asombradas. La Madre no habla: su alma está toda en sus ojos; incluso al salir, cuando las Hermanas le preguntan acerca de su impresión personal, no sabe hablar de otra cosa que de la gran bondad del Papa.

Después, rápidamente, se dirigen al albergue para la comida. Les espera la carroza que un cooperador ha puesto a su disposición para las visitas a Roma, acompañadas por el salesiano coadjutor Musso, maestro zapatero y neo-misionero.

Por la tarde, van todos juntos a las catacumbas de San Calixto. Aunque en Roma el clima suele ser generalmente templado, el frío se deja sentir bastante y la pobre Madre, a la que el reuma no abandona un momento, se ha cubierto la cabeza con el chal para evitar consecuencias.

Pero en la visita a las catacumbas se ha dado cuenta de que el clérigo salesiano Carlos Pane tiembla de frío, a causa de un ataque de fiebres palúdicas que lo atormenta desde hace unos meses. Toma su chal y se lo pone al clérigo, rogándole que no se lo quite, para evitar consecuencias mayores.

El buen clérigo lo rehúsa cortésmente, pero se ve obligado a aceptar, por la insistencia de la Madre y la necesidad de abrigarse.

El chal cambia, pues, de dueño: las Hermanas miran con pena a la Madre enferma. Ella les sonrío, saca del bolsillo un pañuelo negro de seda con franjas moradas y protege con él su cabeza dolorida, sin quitárselo ni siquiera cuando salen por Roma.

Cuando regresan al albergue al anochecer, la Madre, que piensa que tanto los Salesianos como las Hermanas se tomarían muy a gusto un bocadillo, sale otra vez de compras con Sor Borgna, proveyéndose también para el desayuno. Y de este modo, las hermosas calles de Roma contemplan a una Superiora General con aquel pañuelo a la cabeza, cargada de pan y de fruta. Ella no piensa en sí misma; sus cuidados y atenciones son siempre para los demás. Menos mal que en el albergue no faltan almohadas que proporcionen un poco de

bienestar a su pobre y dolorida cabeza: En Mornese no dispone de tanto. Cuando le ataca el reumatismo y el dolor de oído le hace sufrir, se contenta con un cajoncito de madera que le permita tener la cabeza levantada. Y si alguna va en busca de algo más blando, la ataja diciendo: «No, esto es suficiente para mí. ¡Somos pobres!».

Los restantes días los emplean en visitar las basílicas y monumentos de la Roma cristiana.

Tienen también la suerte de asistir, en San Juan de Letrán, a la consagración de varios obispos y de oír una misa cantada en gregoriano. La Madre sabe sacar de todo motivo de filial devoción al Papa y de veneración profunda a los santos apóstoles y mártires que allí, en Roma, confesaron a Jesucristo derramando su sangre por la fe. Y ante tantos tesoros de arte y de religión, exclama sin cesar: «¡Qué hermoso será el paraíso!».

DON BOSCO EN ROMA

Don Bosco visitó muchas veces el Vaticano para contemplar sus bellezas, pero sobre todo por las audiencias con el Santo Padre. Una crónica detallada, fue redactada por el clérigo Rúa, describe minuciosamente las primeras visitas a la Basílica de San Pedro y las primeras audiencias con el Papa Pío IX.

Don Bosco visitó con curiosidad cada ángulo de la Basílica, incluso toca con un bastón la tumba del apóstol Pedro. El primer encuentro con el Papa fue el 9 de marzo de 1858; en aquella ocasión, el Santo Padre le aconseja de fundar una sociedad que pueda continuar el trabajo con los jóvenes y con lo que él había comenzado. Ese fue el germen de aquella que será la Sociedad Salesiana.

En la séptima visita a Roma, del 22 al 24 de marzo del 1873, Don Bosco habló al Papa Pío IX del proyecto de fundación de una congregación femenina, a partir de un grupo de jóvenes que en Mornese, a través de la guía de un santo sacerdote y representadas por María Dominga Mazzarello, quien ya realizaba la misma actividad que él realizaba en Turín con los jóvenes. En una posterior audiencia, el Papa dijo a don Bosco: “He pensado en vuestro proyecto de fundar un Instituto de

Religiosas, y me pareció de mayor gloria para Dios y provecho para las almas”.

En su novena visita a Roma, Don Bosco vino con dos propósitos particulares: la aprobación de la obra de María Auxiliadora para las vocaciones de los adultos al estado eclesiástico y de los salesianos cooperadores.

Incluso el Papa León XIII recibirá varias veces a Don Bosco en el Vaticano. Recordamos que fue el Papa quien le pidió que construyera la Basílica del Sagrado Corazón en Roma.

Pensemos en el 1884 cuando Don Bosco escribió la carta de Roma que es el poema educativo; escrito desde la Basílica del Sagrado Corazón en la cual insiste en los medios espirituales a utilizar para una verdadera eficacia educativa: acercarse frecuentemente a los sacramentos de la Confesión y de la Eucaristía y tener una devoción filial a la Virgen.

El 20 de abril de 1887, Don Bosco realiza su último viaje de Turín a Roma: se encontró de nuevo con el Papa León XIII, quien lo elogió por la empresa realizada y lo animó con afecto. El 14 de mayo de 1887, la Iglesia del Sagrado Corazón fue solemnemente consagrada por mano del cardenal vicario Parocchi, en presencia de numerosas autoridades civiles y religiosas. El mismo día de la consagración del Templo, también se inauguró el gran órgano construido por Giuseppe Bernasconi de Varese, ubicado en el balcón que da al presbiterio.

Hoy, al comienzo de la nave central, sobre la estatua de San Pedro y la imagen del Papa Pío IX, se encuentra la estatua de Don Bosco, tal como él mismo lo había soñado un día.

Las catacumbas de San Calixto en Roma

Fueron visitadas con devoción y curiosidad por don Bosco en su primer viaje a Roma. Las crónicas dicen que Don Bosco entraba a las catacumbas a las 8:00 de la mañana y salía de ellas por la noche. Estas visitas ofrecen al santo numerosas ideas para redactar la vida de los mártires y santos.

Recordamos algunos elementos de las Catacumbas de San Calixto. Se encuentran a la derecha de la Via Appia Antica, después de la iglesia del "Quo Vadis".

Las Catacumbas de San Calixto se encuentran entre las más grandes e importantes de Roma. Fueron construidos a mediados del siglo II y forman parte de un conjunto cementerio que ocupa una superficie de 15 hectáreas de terreno, con una red de túneles de casi 20 kilómetros de largo, en varios pisos, alcanzando una profundidad de más de 20 metros.

Tienen el nombre del diácono San Calixto que, a principios del siglo III, fue designado por el Papa Ceferino para administrar el cementerio, y así las Catacumbas de San Calixto se convirtieron en el cementerio oficial de la Iglesia de Roma.

En el primer siglo, los cristianos de Roma no tenían sus propios cementerios. Si poseían tierras, enterraban allí a sus muertos, de lo contrario recurrían a los cementerios comunes que también usaban los paganos. Por esta razón, San Pedro fue enterrado en la "necrópolis" ("ciudad de los muertos") en la Colina del Vaticano, abierta a todos; así como San Pablo fue enterrado en una necrópolis de la Vía Ostiense. Estas Catacumbas fueron el cementerio oficial de la Iglesia de Roma en el siglo III. En ellos fueron enterrados decenas de mártires, 16 papas y muchos cristianos.

Desde 1930 están encomendadas a la custodia de los Salesianos de Don Bosco. El cementerio subterráneo consta de varias áreas. La Cripta de los Papas es el lugar más sagrado e importante de estas catacumbas, llamado "el pequeño Vaticano" porque allí fueron enterrados 9 papas y probablemente 8 dignatarios de la Iglesia del siglo III. A lo largo de las paredes se encuentran las inscripciones griegas originales de 5 papas. En 4 lápidas, junto al nombre del pontífice está el título de "obispo", porque el Papa era considerado la cabeza de la Iglesia de Roma, y en dos lápidas también está la abreviatura griega de "MPT" (mártir).

La Estatua de Santa Cecilia es una copia de la famosa obra de Maderno, esculpida en 1599. La cripta estaba completamente decorada con frescos y mosaicos. En la pared cercana a la estatua hay

una antigua imagen de Santa Cecilia, en actitud orante; más abajo, en una pequeña hornacina, se representa al Salvador con el Evangelio en la mano; junto a él, está pintado el Papa mártir, San Urbano. En una de las paredes del lucernario se pueden ver las figuras de tres mártires: Policamo, Sebastiano y Quirino. Son los núcleos más antiguos (siglo II).

Atravesando impresionantes galerías llenas de hornacinas, llegamos a cinco pequeñas estancias, verdaderas tumbas familiares, llamadas cubículos de los Sacramentos y de especial importancia por sus frescos. Los frescos pueden fecharse a principios del siglo III y representan simbólicamente los sacramentos del Bautismo y la Eucaristía. Allí también se representa al profeta Jonás, símbolo de la resurrección.

Esta hermosa imagen del Buen Pastor en las Catacumbas nos hace pensar en nuestro querido fundador. Observador atento y corazón apasionado por su misión, Don Bosco paseó y visitó los lugares más humildes y suntuosos con mirada de Padre y, como siempre, respondió con prontitud y planificación, dejando que la Providencia dispusiera de tiempos y modos.

FUENTES

- Cronohistoria FMA volumen II
- Don Bosco en Roma. Veinte viajes a la ciudad eterna. (Antonio Sperduti)